



*Mig. Hidalgo
Capn Genl de
America*

DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA
PRIMER GOBERNANTE DE MÉXICO INDEPENDIENTE. — Año 1811

Don Miguel Hidalgo y Costilla

Primer Gobernante de México Independiente

Año 1811

Al bosquejar los actos del sublime cura de Dolores, no puede menos de fijarse la imaginación en que nacido en 1753 y consagrado al sacerdocio, surgiera en su mente una idea que si bien encontró apoyo en una pequeña parte del clero, éste le fué generalmente hostil, sobre todo en las individualidades que habían nacido en época muy anterior y que abrigaban principios monárquicos, arraigadísimos y los respetaban hasta hacer de ellos un culto, casi una religión.

Con fuertes probabilidades de perder en la contienda, asombra el arrojo y la energía de aquel modesto párroco, y el oleaje de ideas que debieron germinar en su cerebro, para encender en él aquel amor á la emancipación de su patria.

Miguel Hidalgo y Costilla, había visto la primera luz en una hacienda de Corralejo, en el Estado de Guanajuato, y sin duda su carácter serio desde niño y la tendencia á estudios de fe y de meditación, prepararon su espíritu para la gran misión que debía desempeñar en la tierra y llevar con serena resignación la palma del martirio; pues si los primeros cristianos la alcanzaron sacrificándose por un principio lleno de luz y de consoladoras promesas, su alma tuvo el misticismo de la libertad y la luminosa perspectiva de la redención nacional.

México. Tomo I.—25

Hidalgo, saboreaba en autores franceses, á los cuales era aficionado por el conocimiento que tenía del idioma, las reformas y adelantos materiales y morales; nuevas ideas cambiaban las suyas primitivas, impulsándole por un camino de progreso que admiraba entonces y le perjudicaba para con los refractarios á innovadores.

Había servido varios curatos, cuando la muerte se cebó en su hermano mayor, don Joaquín, pasando entonces á desempeñar el de Dolores, en donde vivió retraído, soñando con la aurora de una nueva era, pero sin tomar iniciativa en los acontecimientos ni prestar concurso para la deseada independencia.

Durante el mando del obispo virrey T. J. de Lizana, habían tenido lugar algunos conatos de rebelión, sobre todo al llegar las noticias de la agitación que se advertía en el Ecuador y en Venezuela: ya en 1809 pudo sofocarse en Valladolid un pronunciamiento cuyo jefe era Santamaría, hombre de ideas muy avanzadas.

Este religioso, fraile franciscano, fué preso al bajar del púlpito así como otros varios de los conspiradores; pero debemos decir en honor del virrey, que hizo suspender la causa y puso en libertad á todos los procesados, á quienes el sucesor de Lizana, el severo y cruel Venegas, volvió á reducir á prisión: pero Santamaría, pudo burlar la vigilancia y escaparse, muriendo después en Acapulco.

El foco de insurrección ahogado en Valladolid, (Morelia,) se reconcentró en Querétaro, en donde contaba con el poderoso auxiliar del gobernador Domínguez y su animosa compañera doña Josefa Ortiz.

Ya Hidalgo, puesto de acuerdo con Allende, se ocupaba en hacer preparativos de guerra, acopiando materiales aunque en escaso número, haciendo construir veinticinco lanzas y procurando sublevar la tropa por medio de algunos sargentos del batallón Guanajuato.

Difícil es que una conspiración estalle sin tener en su seno traidores, y denunciada la de Querétaro, muchos de los conspiradores, fueron reducidos á prisión, entre ellos el gobernador y su noble patriota esposa, la heroína Josefa Ortiz. A pesar del sobresalto y de la natural premura, logró la valiente

matrona pasar el aviso de lo sucedido al patriota Allende, y por medio del alcaide Pérez, consiguió el capitán Aldama, llevase la noticia á Hidalgo, quien es fama que al escucharla exclamó: «Caballeros, somos perdidos: aquí no hay más que ir á coger gachupines.»

Y el modesto y oscuro sacerdote, sintió en sí el impulso de los héroes, el arrojo del genio, á pesar de su avanzada edad.

—¿Qué hacemos?—repuso Aldama.—«Obrar con energía y aprovechar el tiempo.»

Y en aquella pobre habitación del curato de Dolores, se resolvió la independencia mejicana en la noche del 15 de Septiembre de 1810.

En aquellos momentos llegó Allende, y acompañado por este capitán, por don José Santos Villa, don Mariano Costilla y diez hombres más, todos bajo la mágica influencia de Hidalgo, se dirigieron á la cárcel, y amenazando al alcaide, soltaron los presos, los armaron con espadas pertenecientes al regimiento de la Reina que estaba en el pueblo y que el sargento Martínez puso á disposición de los patriotas.

Con tan exigua fuerza y algunos habitantes que asistieron á la misa dicha muy de madrugada (pues era domingo,) salió Hidalgo con dirección á Guanajuato, tomando por enseña de su atrevida empresa, en el templo de Atotonilco una imagen de la Virgen de Guadalupe: aquélla fué la insignia del ejército independiente, pues hasta en los sombreros la llevaban los patriotas.

Ciertamente que la revolución no hubiera tenido eco en el pueblo sino por la influencia de la religión, y tampoco podría haberse iniciado á no ser por el bajo clero, pues la especial organización de la colonia, la hacía imposible de otra manera: tal es la causa por la cual en México, los principales jefes del levantamiento fueron sacerdotes.

Hidalgo encontró en su marcha considerables refuerzos en los capataces de las haciendas, en los campesinos que muchos iban armados con hondas, palos, azadas, horquetas y otras herramientas del campo.

El día 21 llegaron á Celaya, en donde pusieron presos á los españoles, y—sin culpar á Hidalgo, pues que él había prohi-

bido severamente todo desorden;—preciso es confesar que se cometieron algunos abusos en nombre de la libertad.

En aquella población, y antes de llegar los patriotas, «los frailes del Carmen montados á caballo,» recorrían las calles con la espada en una mano y el crucifijo en la otra, gritando:—«Hijos míos, los herejes vienen á Celaya; levantáos en nombre de Dios y marchad á confundirlos.» (1)

No era preciso excitar el entusiasmo, pues jóvenes y viejos, corrían al encuentro del improvisado ejército y engrosaban sus filas.

Si el cura de Dolores, al salir de su modesta casa, no contaba para la revolución sino con quince hombres, doce días más tarde, tenía treinta mil bajo sus órdenes y era jefe supremo nombrado por el ayuntamiento de Celaya.

Entretanto poseído Hidalgo por el ardiente deseo de emancipación para su patria, había adelantado á Guanajuato, venciendo antes sus tropas en la Alhóndiga de Granaditas, en donde el intendente Riaño, se hizo fuerte y se defendió hasta que, asaltado, fué muerto y pasados á cuchillo los nobles defensores.

Al ocupar la ciudad para refrenar á sus soldados y al pulacho, publicó un bando, imponiendo serios castigos á los que no lo observasen y se entregaran al saqueo ó cometieran otros abusos, consagrándose inmediatamente á prepararse contra el virrey y sus batallones, que acudían á sofocar el levantamiento.

Al propio tiempo Hidalgo, se ocupó en la organización general.

El clero anatematizó al cura de Dolores: le acusó de impío, apóstata, cruel y sacrílego: la Inquisición, fulminó terribles cargos, señalando estaba procesado por el Santo Oficio, como hereje, reformista, luterano, acusaciones á las cuales contestó Hidalgo con serena dignidad defendiéndose y citando como testigos á sus feligreses en los curatos de Dolores y San Felipe; á sus soldados y á sus amigos. Rechazó haber sido encausado como hereje, pues que él era ardentísimo defensor de la religión, por la cual sacrificaría hasta su vida,

(1) Mora.—Méjico y sus revoluciones.

añadiendo que sólo era juzgado como tal desde que había dado el grito de libertad; pero más decidido cada día contra el sistema colonial, exclamaba:—«Rompanos esos lazos de ignominia que nos han tenido ligados tanto tiempo; para conseguirlo no necesitamos más que unirnos; si nosotros no peleamos contra nosotros mismos, la guerra está concluída y nuestros derechos á salvo; unámonos pues, todos los que hemos nacido en este rico suelo; veamos desde hoy como extranjeros y enemigos de nuestras prerrogativas, á todos los que no son americanos.»

El 10 de Octubre de 1810, salió Hidalgo para el Sur, con el grueso de las tropas, dividido el ejército en dos cuerpos, marchando por el valle de Santiago y Acámbaro.

Al acercarse á Valladolid, salió una comisión á su encuentro hasta Indaparapeos, pues que no siendo posible la defensa, y abandonada la ciudad por las autoridades, habían resuelto ponerla en manos del jefe de los independientes.

El 17 de Octubre, tomó posesión Hidalgo de Valladolid, ya ocupada el 15 y 16 por tropas patriotas, y dirigiéndose á la catedral para dar gracias por el éxito que hasta entonces tenía la campaña, vió con asombro que estaban cerradas las puertas: según los canónigos el noble caudillo excomulgado, no podía entrar en el templo.

Hidalgo se sobrepuso á la indignación que le causaba la ruin venganza de los canónigos; pero como el conde de Sierra Gorda, había quedado en la población de gobernador de la Mitra, hizo que éste levantara la excomunión y que se pasara comunicación por cordillera á todos los curas.

Durante su estancia en Valladolid, se engrosó considerablemente el ejército con milicias provinciales, ocho compañías para guarnición de la ciudad y el regimiento de dragones de Patzcuaro; crecieron los recursos para la campaña con cuatrocientos mil pesos, tomados del cofre de la catedral, y dinero de varios particulares, y nombrando á don José Anzorena para intendente de Valladolid, salió Hidalgo el 19 con dirección á la capital.

Su prestigio crecía, y en Acámbaro, fué proclamado generalísimo; Allende, capitán general, y Aldama, Balleza y otros, tenientes generales.

Entonces Hidalgo vistió el uniforme de su grado; casaca azul, con vuelta encarnada y bordada de oro y plata; tahalí de terciopelo negro bordado, y en el pecho una imagen grande de oro de la Virgen de Guadalupe.

Siguió el ejército su marcha, y el 30 de Octubre, en la acción del Monte de las Cruces, derrotó completamente á la división realista, mandada por el coronel Trujillo, que el virrey Venegas, había enviado para batir á los patriotas é impedir la marcha á la capital.

Cuando recibió el virrey la noticia de la acción del Monte de las Cruces, se alarmó temiendo una sorpresa, y situó la guarnición de la capital en el paseo de Bucareli; pero por extraña é incomprensible vacilación de Hidalgo, abandonó la idea de caer sobre México, y contra la opinión de Allende y de otros, dió orden para que el ejército emprendiese la retirada.

Allende que comprendía la importancia de haberse aprovechado de la victoria en el Monte de las Cruces, para dar un golpe en la capital, antes de que el general Calleja y el jefe realista Flon, acudieran para auxiliar al virrey, manifestó á Hidalgo, su desagrado, y el altercado entibió considerablemente la buena inteligencia de ambos, tanto más cuanto que ya anteriormente había empezado la desunión entre ellos.

Se admite como histórico y lo afirman varios historiadores, que Allende, fué el iniciador de la idea emancipadora y que se la comunicó á Hidalgo, muy anteriormente al grito de libertad lanzado en Dolores.

El virrey Venegas consideró como derrota de los independientes aquella inexplicable retirada, y se negó á recibir á los comisionados que portadores de pliegos le envió Hidalgo, y que se presentaron en la Garita de Belén, el día de Todos los Santos.

A la sazón encontrábase Calleja en el pueblo de Dolores, y allí tuvo noticia de los sucesos mencionados y de que Sánchez y Villagram, marchaban contra Querétaro. La plaza pedía auxilio y Calleja salió para aquel punto y lo ocupó con sus tropas el 1.º de Noviembre de 1810, pero había pasado el peligro, y el virrey Venegas, con reiteradas órdenes le llamaba á México. Salió, pues, el día 3 con dirección á la capi-

tal por San Juan del Río de Arroyozarco; el día 6 se encontró con una partida de los independientes y la dispersó, dirigiéndose á San Jerónimo de Aculco, punto donde acampaba el generalísimo Hidalgo, con todas sus fuerzas, compuestas de cuarenta mil hombres y doce cañones, mientras que las de los realistas no pasaban de cinco mil, doscientas de todas armas, y diez piezas.

La batalla era inevitable; por lo que Hidalgo hizo ocupar la colina que desde el pueblo se extiende hasta terminar en el cerro de Aculco, formando con su ejército tres líneas de batalla: la posición era admirable para la defensa, y además, fuerzas tan superiores á las del enemigo, eran una garantía para el triunfo.

Pero fácil es comprender el por qué sucedió todo lo contrario de lo que podía creerse, si se considera que las tropas realistas estaban perfectamente organizadas: su artillería manejada por hábiles jefes y soldados prácticos, y que los cinco mil doscientos hombres realistas, iban bien armados, disciplinados y con oficialidad instruída en el arte de la guerra; mientras que la mayoría de los independientes, llevaban hondas por fusiles, y habría tal vez trescientos en los cuarenta mil, que en lugar de bayonetas, se batían con garrotes, siendo á la vez bisoños en campal combate; que no tenían reglas, ni saber, para disparar sus cañones, y por último, soldados por entusiasmo, por amor patrio, carecían de todas las condiciones de los españoles, y apenas éstos avanzaron, forzando sin gran dificultad el paso de la Barranca y ocuparon las colinas, cuando los patriotas huyeron desbandados por el terror procurando escapar de la persecución del enemigo.

Este funesto resultado hizo perder á Hidalgo once piezas de artillería; los cañones y parque, tomados en el Monte de las Cruces; cajas de pólvora, municiones, banderas del Celaya y una de Valladolid; reses, mulas, equipajes, además de seiscientos soldados prisioneros, muchos de los cuales hizo fusilar el general Calleja, militar intransigente, fiel á su deber y valeroso, pero cruel en demasía.

El desastre de Aculco, no entibió la fe de los patriotas: en el interior la revolución había hecho grandes progresos

y poblaciones de importancia como Guadalajara, San Luis Potosí y otras, estaban ocupadas por tropas de los libres.

Hidalgo que después de la derrota de Aculco, se había retirado á Valladolid, marchó para Guadalajara, participando su resolución al general Allende, que estaba en Guanajuato, y que por su parte contestó severa y destempladamente, desaprobando la marcha é indicando que aquella población necesitaba auxilios y que era más importante socorrerla que llevar á cabo el viaje proyectado.

Pero ya el generalísimo había salido para Guadalajara, y por imprescindible ley de represalia, hizo fusilar antes á los españoles prisioneros en Valladolid.

No perdió el tiempo Allende en Guanajuato: mandó hacer barrenos en el cerro, pues el ejército realista debía acampar en la falda y rellenos de pólvora, al estallar, derrumbarían grandes peñascos sobre las tropas.

Se ocupó en que se fabricaran cañones ayudado por un estudiante en minería, Rafael Dávalos, y reanimó el decaído espíritu de los soldados, aun bajo la impresión de la derrota de Aculco.

Hidalgo era la cabeza de la revolución, pero Allende, poseía conocimientos superiores en las armas, pues muy joven, había servido á las órdenes de Calleja. Tenía talento militar, elevado patriotismo, asegurándose fué el iniciador de la idea y del plan que llevó á cabo el cura de Dolores el 16 de Septiembre de 1810, proclamando la independencia, acto que de no haber sido descubierta la conspiración, no debía verificarse hasta Octubre.

Es interesante por demás para la historia mejicana, la carta de Allende, que se reproduce á continuación, muestra palmaria de sus aptitudes y valor cívico.

«Señor generalísimo don Miguel Hidalgo y Costilla.—Cuartel general de Guanajuato, Noviembre 17 de 1810.

»Queridísimo amigo y compañero: Recibí la apreciable de usted, de fecha 15 del corriente, y en su vista, digo: que nada sería más perjudicial á la nación y al logro de nuestras empresas, que el que usted se retirase con sus tropas á Guadalajara, porque eso sería tratar de la seguridad propia y no

de la común felicidad, y así lo había de creer y censurar todo el mundo.

»El ejército de operaciones al mando de Calleja y Flon entra por nuestros pueblos conquistados, como por su casa, y lo peor es que los seduce con promesas lisonjeras; de suerte, que hasta con repiques los recibieron en Celaya, y tienen razón, porque se les ha dejado indefensos. Todo esto va induciendo en los pueblos un desaliento universal, que dentro de poco puede convertirse en odio de nosotros y de nuestro Gobierno, y tal vez estimularlos á una vileza de maquinar por conseguir su seguridad propia. No debemos, pues, desatendernos de la defensa de estas plazas tan importantes, ni de la destrucción de dicho ejército, que por todas partes esparce, con harto dolor mío, la idea de que somos cobardes, y hasta los mismos indios lo han censurado.

»De otro modo, abandonando esta preciosa ciudad, la más interesante de todo este reino, ó si somos derrotados por el enemigo, ¿qué será de Valladolid, Zacatecas, Potosí y los pueblos cortos? ¿Y qué será de Guadalajara, para donde se dirigirá el enemigo, cada vez más glorioso y triunfante con su reconquista?

»Me parece infalible la total pérdida de lo conquistado y la de toda la empresa, con el agregado de la de nuestras propias vidas y seguridad, pues ni en la más infeliz ranchería la hallaríamos, viéndonos cobardes y fugitivos, sino que ellos mismos serían nuestros verdugos. El mismo Huidobro y su ejército pedían, en vista de que Guadalajara nos esperaba en paz, que pasase yo en persona para mayor solemnidad y mejor arreglo de las cosas; pero como no trataba yo de asegurarme, sino de la defensa de esta ciudad (Guanajuato,) de tanto mérito por su entusiasmo, por los muchos intereses que tenemos en ella, por la casa de moneda que tanto importa, y por tantos mil títulos, no quise hacerlo, sino permanecer aquí y «prevenir á usted,» como lo he hecho, y á las divisiones Iriarte y Huidobro se acerquen con cuanta fuerza puedan para atacar al enemigo por todas partes, destruirlo y abrirnos el paso á Querétaro y á México ó, cuando menos, conseguir la seguridad de lo conquistado y hacernos fuertes en sus fronteras para cortar á México víveres y comunicaciones. El Licen-



Ign. de Allende

DON IGNACIO ALLENDE

HÉROE DE LA INDEPENDENCIA, FUSILADO EN 1811 Y CUYOS RESTOS FUERON
TRASLADADOS Á MÉXICO EN 1823

ciado Avendaño acompañó á Huidobro á Guadalajara para el arreglo del Gobierno y lo demás, y también hice lo acompañase Balleza á las órdenes de Huidobro, previniendo á éste en presencia del mismo Balleza que no se le obedeciese, por ser manifiesta su debilidad y que sólo pensaba en la seguridad personal. No fué necesario que llegasen á Guadalajara ni para su honra ni para el arreglo del Gobierno en todas sus partes, porque el famoso capitán Torres y los mismos patriotas buenos y vecinos de Guadalajara lo han puesto todo en el mejor orden que se puede desear, según los partes que recibí ayer, y así, cualquiera otra cosa, lejos de fomentar el orden, lo destruirá é introducirá el desorden, que tantos estragos nos ha ocasionado. En esta virtud, en justicia y por amor propio, no puede, ni debe usted, ni nosotros, pensar en otra cosa que en esta preciosa ciudad que debe ser capital del mundo, y así, sin pérdida de momento, ponerse en marcha con cuanta tropa y cañones haya juntado para volver á ocupar el valle de Santiago y los pueblos ocupados por el enemigo hasta esta frontera y atacarlo con valor por la retaguardia dándonos aviso oportuno de su situación para hacer nuestra salida y que cercado por todas partes quede aniquilado y nosotros con un completo triunfo.—*Ignacio Allende*, capitán general de América.

»P. D.—Es llegado el tiempo de hablar con la libertad que pide nuestro comprometimiento. Yo no soy capaz de apartarme del fin de nuestra conquista; mas si empezamos á tratar de nuestras seguridades personales, tomaré el separado partido que me convenga, lo que será imposible practique, siempre que usted se preste con vigor á nuestra empresa, y usted, y no otro debe ser el que mande estas tropas. Guadalajara, aun cuando le faltase algún arreglo, después se remediaría, y Guanajuato acaso sería imposible volverlo á hacer nuestro adicto.»

Su plan de los barrenos fracasó por haber sido descubierto y fué la base de la derrota y de aquella retirada de Allende, que traduce su pericia militar, la cual aun no ha sido juzgada como merecía, así como tampoco el mérito y el heroísmo de aquel jefe, á quien la historia rendirá justicia.

Valladolid y Guanajuato, volvieron á poder de los realistas,

y el Gobierno patriota se estableció en Guadalajara, nombrando Hidalgo ministro de Gracia y Justicia á don José María Chico, y secretario de Estado y del despacho, á don Ignacio López Rayón.

Hidalgo procuró hacer un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los Estados Unidos; pero el comisionado, que lo fué Ortiz de Letona, cayó prisionero y murió, según algunos, de un ataque al cerebro, y según otros, envenenado.

Hidalgo, de acuerdo ya con Allende, que después de ser vencido en Guanajuato por Calleja, se había reunido con el generalísimo, aumentó el ejército é hizo trasladar desde el puerto de San Blas, municiones y artillería, instruyendo y disciplinando al ejército; abolió la esclavitud y emprendió útiles reformas administrativas.

No se concibe en un hombre tan modesto y liberal como Hidalgo, que en esa época se rodeara de fastuoso aparato y aceptase el tratamiento de Alteza Serenísima, imprimiendo á todos sus actos el sello de absoluta autoridad; también con desdoro de su nombre, de sus ideas y hasta del prestigio de la revolución, permitió ejecuciones y venganzas reprobadas por jefes como Allende y que han empañado la gloria de Hidalgo.

Estimulado el ejército por el virrey Venegas, quien confirió grados y ofreció recompensas, y formado el plan de campaña, siguió Calleja, hasta Tepatitlán, en donde esperó al general Cruz, recién llegado de España; pero el 14 de Enero de 1811, decidieron los patriotas dar una batalla, y al efecto tomó posiciones el ejército en el puente de Calderón, sitio elegido por Allende y Abasolo; cien mil hombres de infantería y veinte mil de caballería con noventa y cinco cañones, estaban dispuestos para el combate que tuvo lugar el 17; los patriotas pelearon seis horas con arrojo y perseverancia; la victoria se inclinaba á sus filas, pero por último, triunfó Calleja, y los independientes huyeron con inmensas pérdidas, saliendo Hidalgo para Aguas Calientes y Zacatecas, á donde le alcanzaron Allende, Arias y otros jefes.

Así como en Aculco, la derrota de Calderón, se detió tal vez á la falta de organización de los patriotas, al crecido número de indios y gente del campo que nada entendían de táctica militar, á la falta de armas, de orden y también á la diversi-

dad de opiniones entre Hidalgo y Allende; durante la campaña de estos dos jefes, la falta de unión entre ambos, influyó fatalmente y los condujo á su ruína.

Al llegar á la hacienda de Pabellón, fué depuesto Hidalgo, y tomó el mando Allende, aun cuando sin hacerlo público, y el generalísimo, siguió al ejército hasta proyectar un viaje á los Estados Unidos, dejando las tropas á las órdenes de Rayón y dirigiéndose con Allende y otros á las Norias de Baján.

El traidor capitán Ignacio Elizondo, que de realista se había tornado en patriota, y de nuevo cuando vió el mal estado de la causa de independencia, volvió á ser partidario del Gobierno español, denunció el sitio en donde se encontraban los jefes independientes, y uniendo el engaño á la traición, les hizo creer iba á reunirse con ellos y llevando trescientos cuarenta y dos soldados, hizo prisioneros á los nobles defensores del principio de libertad: ¡eterno anatema para los malvados y traidores!

Hidalgo, fué conducido á Monclova y de allí á Chihuahua, en donde un consejo de guerra, le juzgó y condenó á la degradación, que se efectuó el 29 de Junio de 1811, en el Hospital real (pues en aquel edificio estaba preso Hidalgo.) El juez eclesiástico Dr. Valentín, los curas ordinario y castrense y el guardián de San Francisco, ejecutaron aquel acto ignominioso.

Después de la cruel escena, le entregaron á la justicia secular, la que condenó al noble patriota á ser pasado por las armas.

El mártir de la libertad mejicana, escuchó su sentencia con digna serenidad y se preparó á morir. En la prisión tomó chocolate y un vaso de leche, y salió tranquilo para el sitio de la ejecución; perdonó á los soldados, les confortó con suaves palabras, y al llegar al corral del edificio y ver el fatal banquillo, adelantó con paso firme y sin permitir le pusieran venda en los ojos.

Apoyó su mano sobre el corazón indicando á los soldados, el sitio á donde debían tirar; el infortunado cura de Dolores, sufrió la primera descarga sin perder la vida; en la segunda,

rotas las ligaduras, cayó al suelo bañado en sangre, y tres tiros más dieron fin á su agonía en 30 de Julio de 1811.

Allende, Aldama, Giménez y Santamaría, fueron ejecutados en la plaza al día siguiente, 1.º de Agosto, donde hoy se levanta un monumento á su memoria; fueron enterrados, así como don Miguel Hidalgo y Costilla, en la tercera orden de San Francisco.

La cabeza del venerable cura de Dolores, con las de Allende, Aldama y Giménez, fué puesta en jaula de hierro en los ángulos de la Alhóndiga de Granaditas de Guanajuato, hasta que en 1824, (1) reunida al tronco se depositó en una urna con los restos de sus tres infortunados compañeros, y por decreto del Soberano Congreso, fué conducida á México, recibida con pompa y solemnidad, y sepultada en la catedral bajo el altar de los reyes, en bóveda destinada en la época de la colonia para los virreyes y después para los presidentes de la República.

Dice el historiador don Lucas Alamán, que Hidalgo era de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos vivos; que tenía la cabeza algo caída sobre el pecho y estaba bastante canoso y calvo, pero vigoroso, aunque poco activo, ni pronto en sus movimientos; de pocas palabras en el trato familiar, pero animado cuando argumentaba á estilo de colegio.

Usaba capote de paño negro, sombrero redondo, bastón grande, completando su indumentaria el calzón corto, chupa y una chaqueta de una tela llamada entonces «rompecoche», y que procedía de la India. Era Hidalgo, complaciente y obsequioso, tenía la voz dulce y á veces su conversación era amena.

El sacrificio de su vida, corroboró las palabras dirigidas á Allende momentos antes del levantamiento: «Los autores de estas empresas, no gozan el fruto de ellas.»

El nombre del modesto cura de Dolores, está escrito en letras de oro en el salón del Congreso mejicano, y éste, le declaró benemérito de la patria.

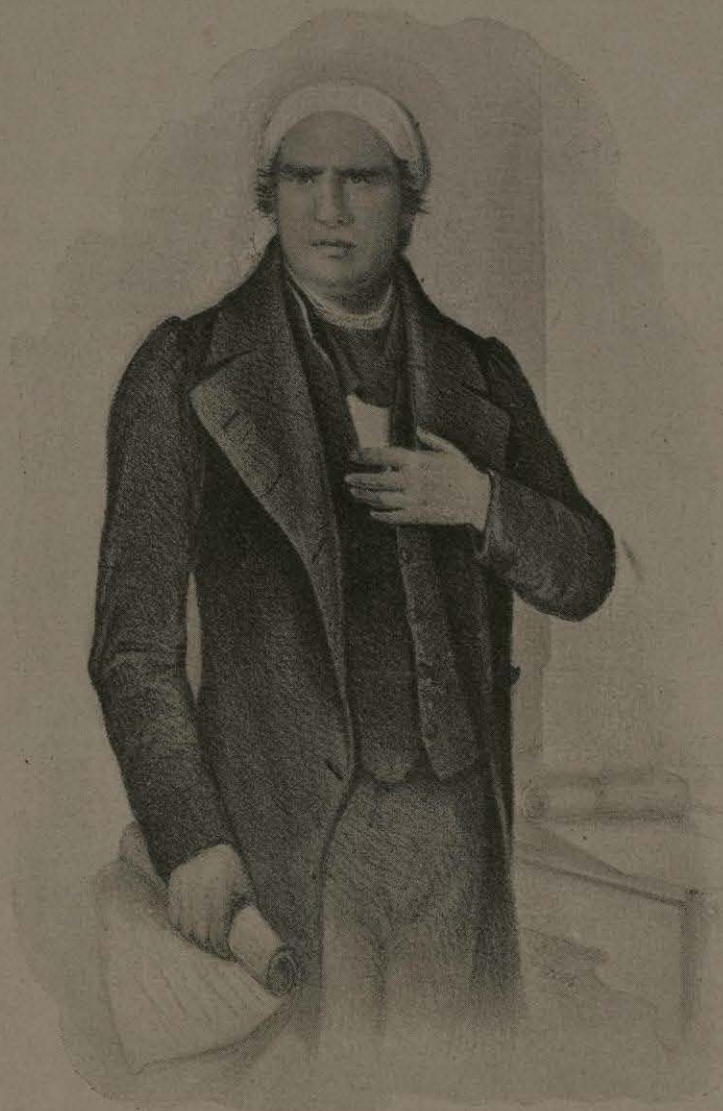
La gratitud del pueblo ha hecho mucho más: ha levanta-

(1) En el libro «Gobernantes de México», dice fué en Julio de 1823, pero otros historiadores afirman haber sido en 1824.

do un altar en su corazón al mártir de la independencia, al primero que con audacia y valor, osó ponerse frente á frente de las tropas españolas.

Puesto el mutilado cadáver sobre una silla y á la vista de la multitud, ésta le rodeó agitada por encontrados sentimientos, ya de encono y venganza, ó más aun de conmiseración, de respeto, de noble y profundo pesar.

El sacerdote don José María García, á quien se le exigió predicase el sermón llamado de escarmiento, se conmovió hondamente y fué tal la impresión, que le produjo fiebre intensa en el mismo púlpito, falleciendo á los pocos días del triste y fúnebre episodio.



*Jose m.
Morelos*

DON JOSE M.^a MORELOS Y PAVON
Año 1815

Don José M. Morelos y Pavón

(EL PRIMER CONGRESO MEXICANO)

Año 1815

Sobre un peñasco á orillas del mar se alza orgulloso el castillo de San Diego, construido en 1778 y en donde en 1810 ondeaba todavía la bandera gualda y roja.

Al pie del cerro, se extienden las mansas y rizadas olas de la bella y segura bahía de Acapulco.

En la costa se destaca el cerro del Veladero, inmortalizado por los independientes en 1810 y 1811, así como la sábana llamada desde entonces «Paso á la Eternidad.»

El jefe que mandaba las fuerzas patriotas en la costa del Sur en Noviembre de 1810, se había presentado dos meses antes al caudillo Hidalgo y Costilla, en San Miguel Charo, aldea insignificante cercana á Valladolid, suplicándole le permitiese consagrarse al servicio de la patria y ayudarle en la noble tarea de su redención.

El heroico párroco de Dolores, accedió al deseo de aquel hombre singular, autorizándole con documento especial, para que extendiera la revolución por la costa del Sur. Partió sin más armas ni más pertrechos de guerra para emprender la campaña, que una escopeta y dos trabucos y sin más soldados que un fiel criado. Pocos días después le acompañaban veinticinco hombres armados con escopetas y lanzas. En Coahuayutla se reunió al naciente ejército don Rafael Valdovinos, siguiendo su marcha con fe y resolución inquebrantable.